

No es raro oír hablar español en los pasillos de Rolfe Hall en nuestra universidad —en ese edificio se ubica el Departamento de Español y Portugués y se imparte la mayoría de las clases de estos idiomas—, pero la desenvoltura con que Steve hablaba español como un caribeño me hizo voltear la cabeza la primera vez que lo oí, y más que informarme debió convencerme de su nombre inglés y de su origen floridiano. Esa sorpresa inicial caracterizó nuestra relación posterior: Steve fue siempre lo inesperado dentro de lo familiar.

Desde 1986, la escasez de oficinas en nuestro departamento determinó que a nuestra revista se le asignara un despacho en medio de las oficinas del Departamento de Inglés. Tiempo después, cuando Steve terminó su doctorado y pasó a ser profesor, le fue asignado el despacho contiguo, por consiguiente, quedamos de vecinos e involuntariamente aislados del resto de nuestros compañeros.

Ambos de genio vivo y a menudo de opiniones contrarias fundadas no en teorías abstraídas de la realidad sino en experiencias vividas en la carne —él como negro americano y yo como exiliada cubana—, Steve y yo parecíamos destinados a chocar irremediamente. De hecho, nunca tuvimos una discusión. Mi absoluta incapacidad para entender, ya sea aplicado a otros o a mí misma, el concepto de “minoría” de un sistema social empuñado en marcar diferencias donde no las hay, relevaba a Steve de tener que mantener una actitud defensiva entre nosotros. Además, la herencia cultural africana compartida por ambos nos allanaba el terreno y nos proporcionaba muchos temas de conversación. Pero, sobre todo, la sencillez con que Steve admitía no entender una postura contraria quizás por no conocer la experiencia en que se basaba, y su interés por comprenderla para *comprenderla* no para combatirla, libraba cualquier conversación con él del sentimiento amenazador de la polarización y le devolvía su esencia de acto comunicativo. Lingüista extraordinario, Steve tenía la facultad de despojar no sólo a cada tema sino a cada palabra de los vicios del uso

mecánico para devolverle su significado primitivo. La naturalidad que le impartía al lenguaje era la suya propia, y ésta lo hacía reaccionar tan espontáneamente que en más de una ocasión me hizo salir corriendo a cerrar la puerta antes de que los de alrededor se quejaran de sus carcajadas. No puede extrañar que las conversaciones con Steve fueran siempre largas y parecieran cortas.

A principios de este año académico, nuevamente las necesidades del departamento ocasionaron que nuestra revista se trasladara, esta vez a Royce Hall. Poco después Steve llamó a nuestra nueva oficina para pedirme que le sirviera de modelo en una grabación que estaba preparando para uno de sus cursos. La consideración apenas encubría su impaciencia por poner en marcha el proyecto cuanto antes, y quedamos en vernos a comienzos de la semana siguiente en su despacho, pero Steve no se apareció. Cuando llamó esa tarde para disculparse porque había olvidado una de sus ya cotidianas citas con el médico, toda su prisa había desaparecido y dejamos la grabación pendiente para una fecha indefinida.

Tratar de asociar a alguien tan lleno de vida como Steve con la muerte sería tarea difícil y desvirtuaría su naturaleza. Es por eso que mis compañeros y yo le dedicamos este número no como homenaje póstumo sino como testimonio de su presencia viva entre nosotros.

Silvia Rosa Zamora
Editor-in-Chief
Mester